

# ELENA QUIROGA, O LA SINCERIDAD

Un pasillo largo, alfombrado, de una casa burguesa. Algunas lámparas con pantallas lo alumbran. Las luces están colocadas sobre librerías bajas. Una doncella vestida de negro guía al cronista entre ellas y le hace esperar en una sala de recibo, donde apenas permanece. En seguida acude la novelista Elena Quiroga, enlutada.

El cronista se entera del reciente fallecimiento del padre de Elena Quiroga, ocurrido en La Coruña. La hora en que se celebra la entrevista, las nueve y media de la noche.

—Acabo de llegar de los Estudios donde se está rodando la película basada en mi novela "Viento del Norte".

En la pieza donde estamos sentados ahora con Elena Quiroga aparece su marido, don Dalmiro de la Válgoma, todo un caballero español, cortés, erudito y ameno conversador. Se habla, naturalmente, de heráldica. Salen los Bernado de Buirós, los Velarde, los caballeros de Carlos III y se pronuncia la palabra "genealogía".

En la sala estamos rodeados de librerías que ocupan medio paño de las paredes; sobre ellas hay fotografías de Reyes, y personajes históricos importantes están enmarcados en piel con dorados y alguna que otra corona de plata. Es posiblemente la única biblioteca donde esté agrupada, encuadrada en rojo y azul, toda la noble Historia de España, todos los honores de sus hidalgos, por orden alfabético de títulos o apellidos; todo eso que nos da fe de que hemos tenido unos antepasados valerosos y de que España tiene una nobleza tan vieja como el mundo.

Hablamos de las actividades literarias de Elena.

—Estoy bastante atareada con esto de la película, pero pienso terminar una novela que ya tengo comprometida con el editor. Se titula "Algo pasa en la calle", y sucede en Madrid.

—¿Y qué opina usted, Elena, de las mujeres que escriben sin haber leído?

—Yo creo que es necesario saber el peso que tiene la palabra literatura. Los que escriben sin haber leído no lo saben y son irresponsables. Los comentarios, pues, sobran.

Elena mueve la cabeza como abatida. Nosotros hacemos la observación de que si la literatura no privará a la mujer de su actividad doméstica.

—No lo creo. Siempre se encuentra tiempo cuando se quieren hacer las cosas. La literatura, naturalmente, puede ser un pretexto para huir de la casa o para estar



Hablamos del hombre y de la mujer en la literatura.

—Yo, personalmente, creo que el escritor, el hombre, está mucho más capacitado para crear; tiene una proyección mucho más universal de las cosas.

—¿Luego la mujer es inferior?

—Cíteme usted un genio con nombre de mujer. Además, no importa; a la larga, lo que hace falta es que se sea escritor. El sexo es sólo un artículo masculino o femenino.

Elena Quiroga habla muy bien de todo el mundo.

—Me horroriza estar en un sitio donde se hable mal del prójimo. Yo no sé si seré una gran escritora, pero quiero ser una persona buena.

Sale en la conversación el "tremendismo".

—Eso no podrá perdurar, ni puede decirse siquiera que ha existido. El "tremendismo" no puede contarse por dos o tres novelas. Eso es un fantasma, no un reflejo de nuestro tiempo. Lo que perdure ha de ser sincero, melancólico, real, sin llegar a lo cochambroso. Hay en la vida otras cosas que son reales sin dejar de ser agradables.

La conversación vuelve a girar sobre los espontáneos en la literatura.

—A mí me horrorizan esas noticias que desde hace algún tiempo vienen apareciendo en la Prensa. Yo creo, sin embargo, que es necesario que surjan los espontáneos. A fin de cuentas, son la risa

de los espectadores. La emoción del momento en que sale pasa pronto, y el "diestro"—ya hablando en términos taurinos—vuelve a dominar en la fiesta.

Elena tiene aire de condesa de Pardo Bazán de nuestro tiempo; de condesa modelada mucho más amablemente. Elena es una escritora como las que debía haber antes de la guerra. Da gusto encontrárselas así, de improviso, entre retratos de Alfonso XIII de todas las edades, con prognatismo más o menos acusado, con los puños de la camisa más o menos salientes. Es una delicia entrar en esta casa, donde la materia plástica no se ha descubierto, donde se sigue echando la ceniza en muchos ceniceros de plata que hay sobre todos los muebles, donde el terciopelo está aquí y allí y los retratos al óleo representan caballeros que tienen patillas o solabarcas románticas y leontinas en los chalecos y relucientes sombreros de copa en la mano.

A hora muy avanzada de la noche nos despedimos, y el matrimonio Válgoma se queda entre sus pergaminos iluminados en colores y oro, entre sus libros serios por orden alfabético. En la calle, el sereno, apoyado en su chuzo, cuenta las gotas de agua de la lluvia como gotas de felicidad, como caudilla de la dicha, como pequeñas duendes que nos meterán en una bombilla encendida y todas las bombillas que nosotros queremos encender desde la mañana de la noche.

Marino GOMEZ-SANTOS

dentro de ella sin ocuparse de nada.

Salen los consabidos premios.

—Yo soy la menos indicada para hablar, porque debo mi nombre a un premio. Si me preguntasen sobre este punto, diría que lo que sucede está bien a la vista. Van siendo ya demasiados premios. En Francia se está vulgarizando mucho la literatura por este motivo; en España sucede lo mismo. Los Jurados no van estando bien seleccionados, y los concurrentes escriben las novelas pensando en los miembros del Jurado, en los patrones de otras novelas premiadas. Es un error: la novela hay que escribirla sin pensar nada más que en ella misma.

—¿Y qué novelistas cree usted que son más importantes entre los actuales?

—Yo... creo... que todos estamos haciéndonos.

—¿Con influencias extranjeras, o sólo españolas?

—Aparentemente, sólo españolas: "Azorín", Baroja, Valle-Inclán... Algunos escritores de menor importancia están influenciados por los novelistas americanos.

—¿Qué estima usted más en un escritor: el oficio literario o la habilidad para novelar?

—Creo que un novelista de talento con el oficio tiene suficiente. Cítemos como ejemplo a Baroja. Lo que no creo es en esas personas que de improviso salen con una novela. En este oficio no se dan los milagros. Hay que trabajar, hay que insistir; no basta sentarse ante las cuartillas cuando a uno se le apetezca o cuando uno necesite presentarse a un concurso.

"Pueblo" 12. Feb. 54